

Deep Mexico, Silent Mexico: An Anthropology of Nationalism

Lomnitz, Claudio (Public Worlds, number 9.) Minneapolis: University of Minnesota

Press. 2001. Pp. xxiii, 354

Uno de los rasgos más sorprendentes de este libro es su método. Emplazada en la intersección entre la antropología y la historia, esta obra, presenta un atractivo caso en pro de la “teoría sobre el terreno” o “particularismo teórico”. Su teoría del nacionalismo representa tanto una crítica de la obra más influyente aparecida sobre nacionalismo en las tres últimas décadas, *Imagined Communities* de B. Anderson, como un intento de reflexionar sobre el carácter global o modular del nacionalismo a través de las particularidades del caso mejicano: “Deseando contribuir a la discusión de los problemas particulares de Méjico sin renunciar a la convicción de que cualquier compromiso real con lo particular exige de cierto nivel de pensamiento crítico, de un tipo de pensamiento que no conoce de fronteras nacionales”.¹² Este método obliga a Lomnitz presentar un doble argumento relativo, en primer término, a cómo el pensamiento allende las fronteras conforma el interno y, en segundo extremo, al modo en que el caso particular de Méjico pueda contribuir a la comprensión del fenómeno del nacionalismo en general. Dos principales cuestiones metodológicas estructuran la obra. Primero, el nacionalismo es un proceso y debe, como tal, ser estudiado históricamente. Segundo, el nacionalismo se produce y reproduce a partir de una variedad de fuentes tanto del interior del espacio geográfico nacional como de fuera del mismo: personajes políticos y otras elites; relaciones internacionales;

capitalismo; expertos académicos (especialmente, antropólogos e historiadores); e intelectuales de la *res publica*. “La principal innovación de Anderson,” escribe Lomnitz, “fue tratar al nacionalismo no como una ideología, sino como una construcción cultural hegemónica, propia del sentido común y tácitamente compartida”. De hecho, la aportación de Anderson fue en el punto de partida para la mayoría de trabajos académicos sobre nacionalismo escritos en las dos últimas décadas, ciertamente en antropología e historia, pero también, en menor medida, en el campo de la ciencia política. *Deep México, Silent Mexico* es entendible como un intento de examinar el modo de producción de dicha construcción cultural pasando de los orígenes del nacionalismo a la continua producción y reproducción del nacionalismo a través del tiempo; siendo, asimismo, un llamamiento hecho a partir de un particularismo cultural lo suficientemente matizado para explicar muchas de las variedades del nacionalismo y de las diversas formas culturales que se hallan en su seno. Quizás infravalorado como resultado es el modo en que la producción de la diferencia (nacional) se halla en el centro neurálgico de la mayoría de los proyectos de nacionalismo, especialmente en aquellos nacidos del anti-colonialismo.¹³

La respuesta de Lomnitz a la cuestión de cómo se produce exactamente el nacionalismo es claramente deudora del brillante trabajo de Rolph-Trouillot¹⁴ en historiografía.

Esta deuda resulta evidente, entre otros, en el amplio uso de las fuentes en la comprensión del nacionalismo. Por ejemplo, Lomnitz mantiene convincentemente que en los principales niveles de la historia mejicana, las fuerzas externas eran al menos tan críticas en su formación como las internas; así, en la descripción que Lomnitz realiza del nacionalismo mejicano “el capitalismo global atraviesa por entero esa historia”.¹⁵ Por lo que a su surgimiento se refiere, Lomnitz sugiere que el nacionalismo mejicano fue en gran parte una reacción al colonialismo español (en el que el temor al declive y a la competencia británica se manifestaron desde el inicio en la forma particular adoptada por las reformas administrativas mejicanas).¹⁶ Más recientemente, Lomnitz contempla varias formas y prácticas claves mejicanas como una respuesta, en gran medida, a la re-estructuración neo-liberal y a un intento parcialmente fallido de modernización. Así, los economistas que impusieron sus reformas en la economía mejicana en los años 80 y 90 podían “atribuirse el haber dado a luz una democracia mejicana”¹⁷ (xxi) no obstante el hecho de que todos estos economistas eran en su enorme mayoría mejicanos formados en un puñado de departamentos de economía en estadounidense (sobre todo Chicago, MIT y Yale). Dos “introducciones” conceptuales siguen a estos análisis del capitalismo mejicano: la del encuentro colonial y un examen del capital transnacional y la re-estructuración económica liberal (Capítulos 1 y 5). Ambos sugieren, sin llegar a proclamarlo, que la articulación del nacionalismo varía en función del contexto global. Una gran parte de la teoría del nacionalismo se halla articulada en ellos.

Si la historia del nacionalismo mejicano ha venido marcada por intensos períodos de influencia exterior, la crónica mejicana ha sido por lo general conceptualizada como narrativa propia de los intelectuales en los balcones de la república. Este libro fue escrito en los lejanos y fríos inviernos de Chicago y puede, por tanto, verse como ejemplo de cómo el nacionalismo y la identidad nacional es generable desde el exterior. Lomnitz es un mejicano que escribe desde fuera de Méjico, desde la elite universitaria académica (entonces en Chicago ahora en New School) y varios de los capítulos, escritos originalmente como compromisos con intelectuales nacionalistas mejicanos, ganaron una cierta notoriedad en Méjico. En la misma línea, las secciones de la obra se hallan claramente escritas con la pretensión de influir sobre el nacionalismo en su país de origen. A destacar, asimismo, el gran número de intelectuales mejicanos residentes en el extranjero que reconfiguran las crónicas nacionales desde los balcones de las *otras* repúblicas. Además, el libro constituye, por supuesto, parte del proceso más amplio de producción del nacionalismo mejicano mediante las ciencias sociales, en especial a través de la antropología y la historia (cuyas variaciones locales se han visto conformadas por el nacionalismo mejicano). Como tan brillantemente ilustra Geertz en 1963,¹⁸ casi todas las nuevas naciones (aquellas nacidas en parte de la descolonización) reflejan una interacción continua entre la demostración de la diferencia nacional (típicamente basada en la tradición) y la de los modernos rasgos comunes a cada nación. Así, el uso que las elites políticas mejicanas hacen del

arielismo presenta “a los mejicanos como consumidores de modernos productos que retienen una esencia inalteradamente espiritual, una esencia encarnada en relaciones específicas –no modernas- al nivel de la organización de la familia, el clientelismo, la organización empresarial y demás”. Lomnitz mantiene que el papel de la identidad nacional mejicana (y el de los varios “hábitos” nacionales asociados con ella) ha cambiado dramáticamente a lo largo del tiempo “pasando de ser un instrumento para alcanzar la modernidad a ser un marcador de su opuesto y una forma de protesta contra la más reciente reorganización de la producción capitalista” (111). Lomnitz describe esta situación como una crisis del nacionalismo mejicano pero, en mi opinión, se asemeja más una ampliación de la antigua tensión en aquellos nacionalismos surgidos del anti-colonialismo, entre la tradición y la modernidad. En este caso, como en innumerables países alrededor del mundo actual, esta tensión viene marcada por una aparente elección entre la cultura local y el capital transnacional.

Josh Kaplan*

Trad. I.R.M

* Doctor en Antropología por la Universidad de Chicago.
Post-doctorando de la Universidad de Chicago.